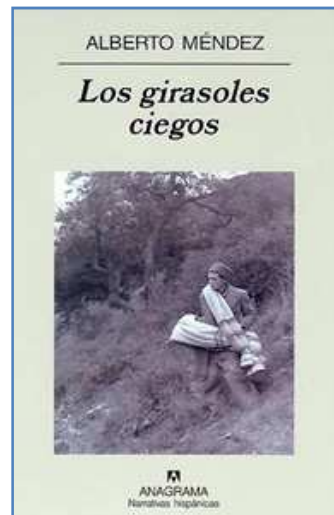


LOS GIRASOLES CIEGOS



ALBERTO MÉNDEZ

Alberto Méndez

http://es.wikipedia.org/wiki/Alberto_M%C3%A9ndez

Alberto Méndez (Madrid, 1941 — 30 de diciembre de 2004), hijo del traductor y poeta José Méndez Herrera, fue un narrador español. Nació en Madrid, donde transcurrió su infancia. Estudió bachillerato en Roma (Italia) y se licenció en Filosofía y Letras en la Universidad Complutense de Madrid. Estuvo afiliado al Partido Comunista de España hasta 1982. Trabajó en grupos editoriales nacionales e internacionales. En 2002 quedó finalista en el Premio Internacional de cuentos Max Aub, con uno de los relatos de *Los girasoles ciegos*, su primer libro narrativo, y que ha inspirado la creación de una película[1].

Galardonado a título póstumo con el Premio Nacional de Narrativa (España) 2005 por *Los girasoles ciegos*, compuesto de cuatro relatos ambientados en la Guerra Civil Española. La obra, publicada a los 63 años, obtuvo también los premios Setenil y de la Crítica. El último relato del libro -el que le da nombre- fue llevado al cine en 2008 por José Luis Cuerda con guion de Rafael Azcona y del propio Cuerda.¹

²Aunque no se dedicó a la literatura hasta sus últimos años, Méndez trabajó en estrecha relación con ella. Fue redactor en las editoriales Les Punxes y Montena, entre otras, y cofundador en los años sesenta de Ciencia Nueva, que fue cerrada por Manuel Fraga en 1969. Colaboró en puestas dramáticas de TVE y fue guionista con Pilar Miró.

Principales obras

- *Manuscrito encontrado en el olvido* (2003)
- *Los girasoles ciegos* (2004), compuesto de los cuatro relatos "Si el corazón pensara dejaría de latir", "Manuscrito encontrado en el olvido", "El idioma de los muertos", y el que da título al libro, "Los girasoles ciegos".

Curiosidades

En el año 2004 el diario español *El Mundo* publicó en su revista semanal "El Cultural", una crítica literaria sobre el autor de *Los girasoles ciegos*. Junto al artículo imprimió la fotografía de un desconocido "Alberto Méndez", que no se correspondía con el autor del libro. El artículo con la fotografía errónea se distribuyó en todo el país.

Alberto Méndez. La vida en el cementerio

CÉSAR RENDUELES

Desde principios de año se ha ido difundiendo sin estruendos publicitarios la noticia de una novela imprescindible, de la que acaba de publicarse la segunda edición. *Los girasoles ciegos* (Anagrama, 2004) es la primera obra de Alberto Méndez (Madrid, 1941) y uno de los mejores y más honestos libros que se han escrito nunca acerca de la Guerra Civil. A través de cuatro historias entrelazadas y pobladas por personajes de una enorme solidez, Méndez nos muestra sin aspavientos la barbarie fascista: un militar “nacional” que decide rendirse el día antes de la entrada de Franco en Madrid, un poeta adolescente huido que muere de hambre junto a su hijo recién nacido en una cabaña de los Picos de Europa, una cárcel militar en la que pasan sus últimas horas los republicanos condenados a muerte, un cura lascivo que se aprovecha de su poder... *Los girasoles ciegos* es una obra emocionante, tan parca como llena de talento, que está destinada a permanecer.

La nota biográfica que aparece en la solapa de la novela es muy escueta, no consta ningún libro anterior.

Porque no los he escrito. Este es el primero. La verdad es que no he tenido tiempo. Sumando los hijos, el trabajo... el tiempo libre llega muy tarde. Aunque sí que he escrito, claro, pero no con ánimo de crear una obra que empezara, se desarrollara y terminara

¿Y esta vocación tardía no tiene nada que ver con el hecho de que trabajes en la industria editorial?

Desde luego, eso genera cierto pudor, porque al final para publicar tienes que dirigirte a los amigos. Llevo trabajando en el mundo editorial desde 1960 y he pasado por todas las editoriales importantes. Ahora por fin he conseguido trabajar sólo por las mañanas y estoy más tranquilo.

Tres de los relatos que componen el libro están escritos en forma historiográfica, como si fueran fragmentos de una memoria perdida.

Aparte de ser un truco literario como otro cualquiera, es un método que me permite ser ambiguo. Puedo incluir hechos y personajes reales sin necesidad de hacer una investigación exhaustiva sobre acontecimientos concretos. Porque el personaje que se rinde a los republicanos madrileños el día antes de que los nacionales tomen la ciudad existió, no se llamaba Alegría pero le pasó algo muy parecido. Lo del poeta escondido en las brañas también es cierto. Yo hablé con el pastor que encontró los esqueletos en 1940, en los altos de Somiedo. Me contó que en la cabaña había una bandera republicana pero yo lo eliminé. He quitado todo lo que fueran grandes gestos, he intentado no hacer ninguna proclama. El protagonista del tercer episodio, el de la cárcel, es Juan Senra, un viejo militante del Partido Comunista ya fallecido. El coronel Eymar, el juez sanguíneo, también existió. El último cuento transcurre en la calle Alcalá, donde yo nací y viví. Y, efectivamente, iba al colegio de la Sagrada Familia que estaba lleno de religiosos rijosos...

¿Hay algún componente autobiográfico en la estructura de la narración? Quiero decir, ¿intentas reproducir el modo en que tuviste noticia de lo que había pasado? Hombre, yo pertenezco a una familia republicana. Mis padres se exiliaron a Italia no por motivos políticos sino económicos. Pero el núcleo de españoles de Roma eran casi todos viejos republicanos que habían hecho la Guerra. Esos sí que eran exiliados políticos. Y ellos nos hablaban de la República y de la Guerra.

El primer relato me parece la clave de todo el libro. Plantea el problema de qué debe hacer alguien para ser perdonado. ¿Crees que se precisa ciertas dosis de sacrificio por parte del ofensor? Lo pregunto porque, al fin y al cabo, el protagonista pide perdón en el camión que le lleva al paredón.

Sí, en parte se puede interpretar como una inmolación y hasta ese momento de la narración no le perdonan. Sólo cuando van a fusilarlo es abrazado. Ese sacrificio tiene mucho de simbólico y además no niego que algo así es lo que yo les pido a los que ganaron la guerra. No es que quiera matar a los que nos machacaron cuando éramos pequeños, tan sólo me gustaría que pidieran perdón. El protagonista del primer relato comprende –y esto es así, porque lo he estudiado– que Franco pudo tomar Madrid mucho antes pero, como le pareció que aquello iba a ser poco sangriento, decidió cercar la ciudad. Por eso, cuando le preguntan en el juicio por las motivaciones de sus actos, responde que obró como obró “porque no queríamos ganar la guerra, queríamos matar”. Esa consciencia de que el ejército nacional se regodeó en la muerte es lo que hace que este personaje abandone su bando y pida perdón.

En cierto momento escribes que los republicanos “guerrear como quien ayuda a un vecino”. ¿Crees que hay cierta grandeza en ese combate al margen de los rituales militares?

Claro, Madrid no la defendió un ejército regular, la defendieron señores que iban a trabajar y, al salir, cogían el fusil y se iban al frente y después se volvían a casa y tenían que echarse a dormir porque tenían que entrar pronto a trabajar. Más impresionante aún eran los chavales que querían irse al frente por las tardes y sus padres no les dejaban. Todo era tan... doméstico. No hubo épica, lo que hubo fue grandeza moral.

El protagonista del primer relato sobrevive a un fusilamiento. ¿Es una referencia, tal vez crítica, a *Soldados de Salamina*?

No, en absoluto... Hay varias personas a las que les ha pasado esto. Conozco a una de ellas que, por cierto, es la que da nombre al personaje. Trabajé con este hombre en la editorial Grijalbo. Le fusilaron y se despertó dentro de una tumba. Logró adquirir documentación usando su tercer apellido. Los franquistas tenían mucha prisa por matar y no mataban bien. Hubo trescientos mil fusilados deprisa y corriendo. Aprecio el libro de Cercas aunque me chirría esa especie de vindicación de Sánchez Mazas como un personaje inocente, cuando de inocente no tenía nada.

Precisamente te lo preguntaba porque parece que estamos viviendo una especie de revisionismo fascista, con todo el circo que ha rodeado el aniversario de Jose Antonio. ¿Qué opinas de esta extraña reivindicación de toda la corte de intelectuales falangistas? A mí me parece indignante. Primero porque intelectualmente fueron unos patanes,

incluido Ridruejo. Eran unos incultos de lenguaje grandilocuente sin nada detrás. García Serrano era un escritor de mierda, Pemán era un ser repugnante... Lo que me parece indignante es reivindicar la basura y el vacío mientras se olvida a gente relevante.

En *Los girasoles ciegos* se habla de poetas, traductores, músicos... Hay una gran presencia del mundo cultural, pero no de grandes nombres sino de los personajes modestos. En aquellos años había un importante humus cultural. La cultura se entendía como una participación colectiva en el saber, en la discusión, en los gustos. Y ese humus cultural produjo algunos grandes nombres, no me cabe la menor duda, sobre todo en poesía. Pero lo que sí es cierto es que la gente era profundamente culta. Detrás de la Barraca había miles de espectadores. Los teatros de Madrid eran un mundo de efervescencia colectiva y de apreciación de la cultura.

Me parece muy coherente con esa experiencia colectiva una parsimonia o modestia literaria muy presente en tu novela, ¿es algo premeditado? A mí el mero uso del lenguaje me proporciona un placer inusitado. Pero creo que utilizar un lenguaje preciso y sin alharacas es muy difícil. En cuanto te pones a escribir viene la megafrase. Es algo que me preocupa mucho y cuando me sale algo así intento tacharlo en la corrección. He querido escribir con mucha riqueza de lenguaje pero también con una llaneza narrativa casi elemental.

En particular, los argumentos parecen muy meditados. No hay más que lo preciso pero tampoco falta nada. Parece como si hubieras ido quitando elementos de la narración hasta quedarte con lo esencial.

Sí, he ido quitando cosas. Originalmente el libro era mucho más largo. En concreto en el episodio de la cárcel había muchas páginas dedicadas a narrar la relación entre el chico de los piojos y Juan Senra. En esas páginas se explicaba el surgimiento de su amistad pero me pareció más efectivo dejarlo sobreentendido.

¿Crees que alguien puede considerar el personaje del cura del último cuento un tanto caricaturesco? ¿No tienes miedo de que te acusen de ignorar los cambios que ha experimentado la Iglesia?

Que la iglesia cambie es muy difícil. Esa es su mayor virtud. Es una empresa de dos mil años. Que hoy estén más dedicados a lo suyo, que es la pederastia, me lo creo. Pero los curas han sido unos rijosos e hijos de curas hay en todos los pueblos. Es cierto que los curas han perdido autoridad política, pero lo que ha cambiado es la política, no la iglesia. A mí no se me olvida que, en 1962, para sacar el carné de conducir había que presentar un certificado de buena conducta que te tenía que dar el párroco y, que por cierto, a mí no me dio. Tardé cuatro años en conseguir el maldito certificado a través de unos amigos.

Muchos de los que pasasteis por colegios religiosos durante el franquismo recordáis la experiencia casi en términos carcelarios.

Era brutal. En la posguerra la enseñanza estaba militarizada, los colegios eran sitios de proclamas ideológicas y de cooptación. Posteriormente se convirtieron en centros para eliminar a los revoltosos y apoyar a los "buenos". El castigo físico era constante y los que nos enseñaban eran auténticos analfabetos sin más título que el de cura. Es más, estaba prohibido leer. Veíamos continuamente fotos de desenterrados víctimas de los rojos: héroe de no sé qué, héroe de no sé que más... Vivíamos entre cadáveres.

En la muerte de Alberto Méndez

Hace unos meses aterrizó en la editorial Anagrama un manuscrito de cuatro relatos de un autor inesperado, Alberto Méndez, una "joven promesa". Recuerdo que conocí a Alberto en el verano del 69 pero su fama, su fama de rojo, le precedía. Desde antes, entre los jóvenes izquierdosos de Barcelona, ya eran famosos los hermanos Méndez, que para la policía franquista eran como los hermanos Dalton o Jesse James y sus hermanos. En 1964 tuvo lugar una sonada manifestación en Madrid, encabezada por Aranguren, Tierno Galván, García Calvo y Montero Díaz que les valió su expulsión de la universidad. Pero también fue expulsado el líder de la Asamblea de Estudiantes, Alberto Méndez, le arrebataron el título de licenciado en Filosofía y Letras y se tuvo que volver a Roma, ciudad en la que vivió en varias épocas de su vida.

Varios amigos, entre ellos los Méndez, fundaron unos años después una excelente editorial de izquierdas, llamada Ciencia Nueva, notoriamente vinculada al Partido Comunista, que duró hasta que el Ministro de Información y Turismo, el conocido demócrata Fraga Iribarne, decidió cerrarla, por la cara.

Desde que lo conocí he visto a Alberto episódicamente en Francfort -con su estampa de *bon vivant*, agudo, divertido y, como todos, amante del trago largo-, ya que siempre ha estado vinculado al mundo de la edición, o en la fiesta anual en casa de mi gran amigo Miguel García Sánchez, editor, distribuidor y librero en Visor y ahora en Antonio Machado. Una fiesta en la que comparecen otros viejos amigos como Alberto Corazón, Carlos Piera o Valeriano Bozal. Todos ellos de la cosecha Ciencia Nueva, que fundaron después Comunicación (Alberto Corazón editor).

Regreso al momento de la llegada del manuscrito, que abrí con un cierto temor (el típico temor ante el manuscrito inesperado de un amigo) que se disipó en muy pocas páginas. Se trataba de un libro excelente y de una sorprendente sabiduría narrativa. Un libro que es un ajuste de cuentas con la memoria, un libro contra el silencio de la posguerra, contra el olvido, a favor de la verdad histórica restituida y a la vez, lo que es muy importante, decisivo, un encuentro con la verdad literaria, cosa que dije al presentar *Los girasoles ciegos* en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, junto con Joaquín Leguina y Alberto Corazón.

En aquella ocasión el propio Méndez dijo: "Yo nací en 1941 y la Guerra Civil española estaba en la memoria de aquellos que me querían, y yo recibí por ósmosis esa memoria que me llegó en forma de afecto, contada y ocultada en voz baja; he recuperado mi memoria para ver cómo eran ellos, mis padres, mis tíos", señaló entonces el autor de *Los girasoles ciegos* que dijo que las cuatro historias de su libro reflejan "la derrota colectiva de un país".

Nada más editarse el libro suscitó el entusiasmo de la crítica, un entusiasmo que, a lo largo de los meses, quedó demostrado en numerosas reseñas. Y que ahora, pocos días

antes de la muerte de Alberto Méndez refrenda el I Premio Setenil, al mejor libro de relatos publicado en España en 2004.

En cuanto a la acogida crítica del libro, extraordinaria, como he dicho, muy pocas veces en toda mi vida de editor se ha producido tanta unanimidad. A pesar de ser un primer libro, y de relatos para más inri, y de un escritor no exactamente jovencísimo, conseguimos despertar el interés de un lector de gran olfato literario, Heinrich von Berenberg, quien, como lector de varias editoriales alemanas, ha logrado introducir en su país a Rafael Chirbes, Roberto Bolaño, Javier Tomeo, Andrés Barba y, el más reciente, Alberto Méndez.

En los últimos meses Méndez trabajaba en una novela en la que ahonda en la dualidad entre la vida políticamente correcta y la humanamente correcta, es decir, entre la historia que se ve y la que subyace escondida, y que transcurre durante la etapa del Gobierno socialista.

Alberto Méndez falleció el pasado día 30 en Madrid a causa de un cáncer y fue incinerado en la misma ciudad pocas horas antes de finalizar el año 2004.

Los girasoles ciegos

http://es.wikipedia.org/wiki/Los_girasoles_ciegos

Los girasoles ciegos es un libro de cuentos de Alberto Méndez, compuesto de los cuatro relatos "Si el corazón pensara dejaría de latir", "Manuscrito encontrado en el olvido", "El idioma de los muertos" y el que le da título. Fue publicado en 2004 por Editorial Anagrama y está ambientado en la Guerra Civil Española. Ha inspirado la película homónima dirigida por José Luis Cuerda, con guion de Rafael Azcona y de Cuerda.¹

Índice

- 1 Novela
- 2 Argumento
- 3 Galardones
- 4 Ventas
- 5 Referencias
- 6 Enlaces externos

Novela

La obra es el regreso a las historias reales de la posguerra usada ya por narradores en "voz baja" acercándose a la dura realidad de amigos, familiares desaparecidos o ausencias irreparables provocadas por la guerra. Son historias de tiempos de silencio, sutilmente engarzadas entre sí, contadas desde el mismo lenguaje pero con estilos diversos de narradores que van perfilando la protagonista de la narración: *la derrota*.

Según se cita en la contraportada de alguna edición del mismo: "*Todo lo que se narra en este libro es verdad, pero nada de lo que se cuenta es cierto, porque la certidumbre necesita de aquiescencia y la aquiescencia necesita de la estadística. Fueron tantos los horrores que, al final, todos los miedos, todos los sufrimientos, todos los dramas, sólo tienen en común una cosa: Los muertos.*"

Argumento

Los personajes se entrecruzan en los relatos, lo cual da cierta continuidad al libro. Así, por ejemplo, el final del capitán Alegría lo descubrimos en el tercero, ya que comparte cárcel con Juan Senra, el soldado republicano que va rascando días a la vida, inventándose historias sobre Miguel Eymar, hijo del coronel y su esposa, por la coincidencia de haberlo conocido. Por otro lado, el segundo y cuarto relato tienen como hilo conductor a Elena, amada de un poeta de diecisiete años que muere en la huida tras dar a luz en el segundo cuento, y en el cuarto y último (que da título al libro) encontramos que es hija de un intelectual republicano, escondido en un armario hasta poder huir con su esposa y su hijo.

Galardones

- Primer Premio Setenil.
- Premio de la Crítica.
- Premio Nacional de Narrativa.

LOS GIRASOLES CIEGOS' DE MÉNDEZ

La posguerra en cuatro actos

ESTHER L.CALDERÓN

Podríamos decir simplemente que Méndez ha escrito un libro con cuatro historias sobre la posguerra: Enseguida caeríamos en tópicos. Hay una tendencia al hablar de la Guerra Civil que desemboca irremediabilmente en esos lugares comunes. Sin embargo, en '*Los girasoles ciegos*', **no hay vencedores y vencidos**, separados tajantemente por la línea de la derrota (o la victoria, que es lo mismo pero no es igual), sino que hay personas de carne y hueso, con sus contradicciones a flor de piel. El espacio que sí comparten todos los personajes, (pero que ya no es un tópico) es el haber perdido algo entre tanto ruido de contienda.

Alberto Méndez, pretendía, con este su primer libro, hacer un homenaje a la memoria. Recoger el ronroneo de esas historias que se han seguido contando en bajito durante años, para que no cayesen en el olvido. Historias reales que sirven de punto de partida, pero en las que, rápidamente, la literatura y la imaginación reclaman su sitio. Hay pues, una mezcla de hechos verídicos y aportaciones de Méndez, con lo que, de primeras, el escritor logra su objetivo: Dejar constancia, pero literariamente.

El Capitán Alegría

Si ponemos nombres, encontramos personajes que no son planos y situaciones maniqueas que se esfuman. Enseguida nos topamos con el capitán Alegría, que sólo vio la guerra desde la Intendencia Nacional pero que decide entregarse al ejército Republicano enemigo justo un día antes de que éste perdiese Madrid. ¿Por qué? Tarda en explicarse, las consecuencias de su decisión le van sobreviniendo sin oponer resistencia. El capitán Alegría, triste, alegrará al ser juzgado: “No quisimos entonces ganar la guerra (...) queríamos matarlos”.

Y antes de ser fusilado, escribe varias cartas (de nuevo la memoria pide paso, quiere dejar constancia), una de ellas a Franco: “Le he escrito no para implorar su perdón, ni mostrarme arrepentido, sino para decirle que lo que yo he visto otros lo han vivido y es imposible que quede entre las azucenas olvidado”. Pero no acaban ahí sus peripecias, la bala que iba dedicada a Alegría, le roza el cráneo y el capitán despierta en una fosa común. La vida le obliga, y él se deja llevar para volver a caer prisionero, esta vez en su propio ejército.

Cuatro cuentos, dos a dos

Los personajes se entrecruzan en los cuentos dos a dos, lo cual da cierta continuidad al libro. El final de Alegría lo descubriremos en el tercero, ya que comparte cárcel con Juan Senra, el soldado republicano que va rascando días a la vida, por la coincidencia de haber conocido a Miguel Eymar, hijo del coronel encargado de decidir si es mandado al paredón

o no. Mientras pueda seguir, imaginativa y éticamente, inventándose historias sobre Miguelito para el coronel y su esposa, Juan seguirá vivo.

Por otro lado, el segundo y el cuarto tienen a Elena como hilo conductor. Elena, amada de un poeta de 17 años que muere en la huida tras dar a luz en el segundo cuento, y en el cuarto y último (que da título al libro) hija de un intelectual republicano, escondido en un armario hasta poder huir con su esposa y su hijo.

Lenguajes distintos

Los relatos sorprenden pues por su originalidad. Hay rojos, fachas, curas, secretos, prisioneros, hay huidas y represalias... es decir, situaciones típicas hablando de una posguerra, pero sin tópicos del malo malísimo y el bueno buenísimo dependiendo del bando.

El lenguaje utilizado cambia de un relato a otro. Alegría se abandona a lo que le va sucediendo, no alza la voz para justificarse: Se asume muerto en breve. En el segundo cuento, el poeta es en realidad un proyecto de vate. A sus 17 años, está en pleno proceso de madurez literaria y vital, y leyendo sus letras a lápiz, vemos los escritos de un adolescente. Atropellados, cargados de dramatismo, con juegos de palabras repetitivos y párrafos embrollados.

Agilidad por alternancia de narradores

El cura del cuarto cuento habla con sentencias aprendidas, con directrices. Las mismas que hacen más grande aún su lucha entre deseo y fe. Hombre o religioso, placer o deber. Si se sale de lo aprendido, sus esquemas y, por ende el mundo, se derrumban. Sin embargo, como acto reflejo o quizás por el vértigo de caer en el olvido, todos ellos escriben.

Méndez intercala pasajes escritos por los propios protagonistas, con narrador en tercera persona o documentos oficiales asépticos, lo que proporciona gran ligereza a los cuentos. Tenemos así entre manos un libro entretenido, con tintes sepia en el modo y en el argumento, en el fondo y en la forma. A pesar de la crudeza de muchas de las situaciones narradas, desprende sensibilidad.

Alberto Méndez

PILAR CASTRO | Publicado el 10/06/2004 |

Pocos datos conocemos acerca de este autor: madrileño (1941), niño en la posguerra, estudiante de Filosofía y Letras, siempre en la literatura desde el mundo editorial.

Eso, y haber quedado finalista en el Premio Internacional de Cuentos Max Aub (2002) con uno de los relatos incluidos en este volumen, era todo lo que sabíamos. Detrás se encuentra un lector tenaz y exigente, un escritor inteligente y sensible, con un respeto inusual hacia las palabras y los rigores del lenguaje. De otro modo no sería posible que cuente lo que cuenta de manera tal que nos haga sentir que estrenamos la sensación del asombro. Por lo que cuenta y por el modo de referirlo. Porque si terrible es la sustancia que lo nutre, precisa y preciosa es la ficción con que la arropa.

A pesar de tanta literatura vertida sobre la guerra y la posguerra española y de las voces enormes que la contaron surgen libros como éste. Con la rabia empujando a su autor a hacer memoria de tantas derrotas, de vidas mutiladas, del miedo, de la soledad. Y a la vez con distancia, ironía, y desde una posición serena, y cambiantes perspectivas, envolviendo cada uno de los relatos con un acento cálido que conmueve y reconcilia con la literatura y con la memoria, que demuestra seguir siendo (en palabras de Lledó) ese “inmenso espacio de experiencia, de ejemplo y, por supuesto, de escarmiento”. Eran los años de la primera posguerra. Cuatro tiempos secretamente entrelazados dando cuerpo a una historia entrecortada, la de muchas historias, muchos vencidos, muchas derrotas. Cada una contiene otras muchas, de ahí la idea de subrayar el año y acompañarlo de la disyuntiva: la primera, “1939” o “Si el corazón pensara dejaría de latir”, “1940”, la segunda, o “Manuscrito encontrado en el olvido”; la tercera, “1941” o “El idioma de los muertos” y la última, “1942” o “Los girasoles ciegos”, llena de secretos sentidos, de impecable factura.

Casi todas en Madrid, en un “mundo repentinamente destituido de sus ilusiones” (Francisco Ayala); Madrid es materia narrativa, una víctima más. En Madrid, “en la guerra sin batallas, sin gestas ni enemigos”, está el capitán Alegría, queriendo rendirse al ejército republicano; pagará por ello con su vida, dos veces. La segunda será más tarde, en otro relato, junto a otra derrota, la de Juan Senra, también condenado, pero una mentira se convierte en el estribo de su vida. Entre ellas está la historia de dos adolescentes que querían llegar a Francia. Lo cuenta la voz de él, que dejó escrito su miedo. La de ella no llegamos a oírla. Componen la segunda derrota. Sus padres, protagonistas del último relato, no han sabido más, pero quieren creer que lo lograron. Ellos perdieron la guerra, otros no, pero están igualmente desorientados. Como girasoles ciegos. Esta es su memoria, dura y conciliadora. Memoria del miedo.

Alberto Méndez o la dignidad de los vencidos

Fernando Valls 15 OCT 2005

El Premio Nacional de Literatura de 2005, fallado la semana pasada, ha recaído en *Los girasoles ciegos*, de Alberto Méndez. Un libro de cuentos sobre la Guerra Civil que ha gozado desde su publicación de plena aceptación entre la crítica y el público. Historias de derrota que activan la memoria.

Cuando un peculiar libro de cuentos, como es *Los girasoles ciegos*, contra todo pronóstico comercial *razonable*, gana el Premio de la Crítica, el Premio Nacional de Literatura, agota seis ediciones (unos quince mil ejemplares, según su editor), y consigue vender los derechos de traducción a Alemania, Francia, Italia y Serbia, es que algunas virtudes especiales debe tener. Y claro que las tiene: la emoción que produce su lectura y la indiscutible calidad literaria.

El caso es que en una sociedad en la que las novelas insustanciales ocupan tanto espacio mediático, hasta el punto de que apenas dejan sitio para los empeños literarios discretos, más honestos y ambiciosos, como el de Alberto Méndez, es un auténtico milagro que un jurado tan estrambótico como el reunido en el Ministerio de Cultura (hay entre sus miembros honrosas excepciones, claro está; en esto el actual Gobierno no ha logrado distinguirse del anterior) haya acertado plenamente. Lo que no significa que no hubiera otros libros merecedores de reconocimiento, como las novelas de Javier Marías y Luis Mateo Díez, e incluso las memorias de Carlos Castilla del Pino. Hay, por tanto, que alegrarse, y mucho, pues la decisión del año pasado, junto con la forma en que se compuso también entonces el jurado, habían dejado el prestigio del galardón bastante mermado.

¿Por qué tachaba antes *Los girasoles ciegos* de libro de cuentos peculiar? Pues porque de entre las diversas maneras en que puede organizarse un volumen de cuentos, el autor había optado por la que quizá fuera la más compleja, la que denominamos "ciclo de cuentos", una modalidad a la que también pertenecen, por mencionar un par de buenos ejemplos, *Dublineses*, de Joyce, y los *Cuentos del Barrio del Refugio*, de José María Merino. En estos libros de relatos, las piezas, aunque mantengan su valor independiente, aparecen asimismo trabadas, generando otra unidad de sentido distinta.

Pero también es éste un libro de narraciones sobre la Guerra Civil y sus consecuencias políticas y sociales, el último eslabón de una ya riquísima tradición literaria que ha tenido en Max Aub y Juan Eduardo Zúñiga, por sólo citar nombres indiscutibles, algunos de sus mejores cultivadores. Al leerlo por primera vez recordé una frase de Cervantes que le gustaba citar al autor de *La gallina ciega*: "Con ser vencidos llevan la victoria".

Si no recuerdo mal, el libro de Alberto Méndez apareció en la editorial Anagrama en febrero de 2004, cosechó numerosas y excelentes críticas (de Santos Sanz Villanueva, Ángel Basanta, Juan Antonio Masoliver, Antonio Garrido, Pilar Castro, Pedro M. Domene y

Francisco Solano, entre otros), y obtuvo en diciembre el Premio Setenil, que gracias a la iniciativa y al excelente olfato literario de Manuel Moyano y Ramón Jiménez Madrid, se concede en Molina de Segura (Murcia) al mejor libro de cuentos del año.

Cuando el 10 de abril se falló el Premio de la Crítica, el libro continuaba en la primera edición, la segunda apareció unas semanas después y desde entonces no han dejado de sucederse de manera imparable. Lo recuerdo bien porque he observado en diversas ocasiones cómo Marta Ramoneda, de la librería La Central, de Barcelona, quien utilizó el libro de Méndez en el Taller de Lectura que coordina en el Raval, y un cliente habitual con pinta de profesor latoso, cantaban alborozados la aparición, una tras otra, de las sucesivas ediciones... Éste es, por tanto, el típico caso de un libro que funciona por el boca a boca, por la recomendación de los lectores, tras la llamada de atención que supuso el Premio de la Crítica.

Quién fue Alberto Méndez

Ya se ha recordado hace poco en estas mismas páginas, su militancia en el partido comunista, y su vinculación con el mundo editorial, sobre todo a la prestigiosa editorial Ciencia Nueva. Lo que quizá sea menos conocido es que nació en Roma porque su padre, el poeta y traductor José Méndez Herrera, trabajaba para la FAO, aunque los lectores veteranos lo recordarán como traductor habitual de la editorial Aguilar, de autores tan importantes como Goldoni, Dickens, Stevenson, Chesterton y J. B. Priestley, entre otros. Así, en 1962, obtuvo el Premio Nacional de Traducción por su versión de las obras teatrales de Shakespeare.

Dos meses antes de morir, en un correo electrónico que le envió a un amigo, Alberto Méndez afirmaba: "Mi vida ha sido, y así pretendo que sea, una vida oscura y oscurecida por mi dedicación al trabajo y a la familia. El resto ha sido mi militancia política, la clandestinidad, y una obcecación tan fracasada como enfermiza por contribuir a la caída de la dictadura. Lo malo es que, además de no caer, me arrojó encima toda la excrecencia que dimanaba".

No menos interés tiene un breve texto que compuso con motivo de la concesión del Premio Setenil, titulado *En torno al cuento*. En él, además de señalar a Borges, Cortázar y Carver como sus cuentistas preferidos, apuntaba las virtudes y defectos del género. Así, señala que el cuento se caracteriza por su capacidad sintética y desarrollo vertiginoso, porque sólo utiliza los elementos esenciales de la narración: planteamiento sucinto, enredo esquemático, personajes paradigmáticos y desenlace sorpresivo. Cuando todo ello se logra, comenta, se consigue la dosificación y el equilibrio interno adecuado que convierten al cuento en un género absolutamente moderno.

No quiero concluir sin referirme al libro, aunque ya haya sido suficientemente explicado y valorado. En *Los girasoles ciegos* se narran cuatro historias de horror y desolación, en las que se ahonda en las razones de la derrota, no en vano los subtítulos de los cuentos aluden a ella. Son relatos para activar la memoria, contra el olvido, y en defensa de la idea de que en una guerra entre hermanos, al fin y a la postre, todos son perdedores. Quizá por ello los personajes a los que se les proporciona voz, siempre seres anónimos, aparezcan desorientados, perdidos, como los "girasoles ciegos" del título, como el Hermano Salvador de la última pieza del conjunto. La cita inicial de Carlos Píera nos incita a *asumir* la historia, a no olvidarla, a cumplir con el correspondiente *duelo* que supone el reconocimiento público.

Éste es, por tanto, uno de esos pocos libros que puede satisfacer a todo tipo de lectores. Por un lado, es sencillo y profundo a la vez; realista, pero cargado de simbolismo. Por lo que no me parece arriesgado repetir la propuesta que hace ya varios meses les hice a los lectores de la revista *Quimera*, sin que mi economía haya sufrido hasta ahora merma alguna por ello. Estoy tan seguro de que van a disfrutar y a emocionarse con la lectura de estos cuentos que me comprometo a devolverles el dinero a todos aquellos que se sientan decepcionados con su lectura. Es una oferta sin riesgo alguno.

Fernando Valls es profesor de literatura española contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona y director de la revista *Quimera*.

Alberto Méndez en la Red Municipal de Bibliotecas de Murcia (RMBM)

Los girasoles ciegos en las bibliotecas de Beniaján, Cabezo de Torres, *Pelagio Ferrer* (El Palmar), El Raal, Espinardo, Guadalupe, Javalí Nuevo, La Alberca, La Ñora, *El Carmen*, *Río Segura*, *San Basilio*, Sangonera la Verde, Centro de Lectura de El Puntal y Jefatura RMBM

Los girasoles ciegos [Vídeo] en las bibliotecas de Beniaján, *Pelagio Ferrer* (El Palmar), El Raal, Espinardo, Guadalupe, Javalí Nuevo, La Alberca, La Ñora, *El Carmen*, *San Basilio*, Sangonera la Verde y Centro de Lectura de El Puntal



<http://catalogobrmu.carm.es/cgi-bin4/abnetopac/O7030/IDc5a06274?ACC=101>

Fecha de actualización: enero 2013